

26ª SESION ORDINARIA DEL 1º DE AGOSTO DE 1901

PRESIDENCIA DEL DOCTOR GÁLVEZ

SUMARIO: I.—Asuntos entrados.

- II.—El señor senador Morón hace moción para que se trate sobre tablas una modificación introducida por la Cámara de Diputados en un proyecto del Poder Ejecutivo pidiendo un crédito para la terminación de las obras del puente de Barracas.
- III.—Sanción del asunto á que se refiere el número II.
- IV.—El señor Senador Cané, hace moción para que se dé preferencia á la solicitud de pensión de las señoras hermanas de don Juan María Gutierrez.
- V.—Sanción de un proyecto de ley, en revisión, despachado por la Comisión de Guerra y Marina, aprobando las negociaciones hechas por el Poder Ejecutivo para la adquisición de un campo de maniobras para el ejército.

SEÑORES SENADORES

Alvarez
Aparicio
Barraza
Benegas
Cané
Carbó
Del Campillo
Díaz
Figueroa
Figueroa Alcorta
García
Herrera
Maciá
Mendoza
Morón
Palacio
Pellegrini
Pérez
Quiroga
Uriburu (J. E.)
de los

En Buenos Aires, á primero de Agosto de mil novecientos uno, reunidos en su sala de sesiones el señor Vicepresidente y los señores senadores al margen consignados, se abre la sesión con inasistencia de los señores Mantilla, Uriburu (E.) y Virasoro, con licencia; Avellaneda, Córdoba, Doncel y Mitre con aviso.

Leída y aprobada el acta de la anterior de 30 de julio, (25.ª ordinaria), se da cuenta de los

I

ASUNTOS ENTRADOS

COMUNICACIONES OFICIALES

La Cámara de Diputados remite, modificado, el pro-

yecto del Poder Ejecutivo pidiendo un crédito para la terminación de las obras del puente de Barracas.

PETICIONES PARTICULARES

—Ignacio J. Sánchez y Cía. piden la devolución de la garantía depositada en virtud de la ley número 1815, sobre construcción de un puerto en Bahía Blanca.

—A la Comisión del Interior.

—María Beatriz Oviedo solicita pensión graciable.

—A la de Peticiones.

II

Sr. Morón—Pido la palabra.

Como esta modificación introducida por la Cámara de Diputados, á que se refiere el asunto entrado sobre el puente de Barracas, sólo es de forma, hago moción para que la consideremos sobre tablas.

—Suficientemente apoyada, se vota y es aprobada.

III

Sr. Secretario Ocampo—La modificación consiste en agregar al final del proyecto el artículo siguiente: «Este gasto se hará de rentas generales con imputación á la presente ley».

Sr. Presidente—Está en discusión la modificación introducida.

Sr. Pellegrini—Sancionar este artículo es poner albarda sobre albarda, pues es sabido que los gastos se hacen de rentas generales y que, cuando no existen partidas consignadas al efecto en el presupuesto, la imputación forzosamente tiene que ser á rentas generales.

—Se vota la modificación introducida por la Cámara de Diputados y se aprueba.

IV

Sr. Presidente—Se va á pasar á la orden del día.

Sr. Cané—Pido la palabra.

Antes de pasar á la orden del día, deseo hacer una moción de preferencia para una solicitud de pensión graciable, á la que estoy seguro el Senado acordará gustoso su sanción.

He tenido conocimiento, sólo hace tres días, de la existencia de esa solicitud y de las condiciones en que se encuentran las solicitantes; y digo esto para explicar por qué no he hecho antes la moción que hoy formulo.

Se trata de dos ancianas de ochenta años de edad, próximamente, que se encuentran acogidas en un asilo de misericordia y atendidas por la caridad pública. Esas dos ancianas, señor Presidente, son hermanas de don Juan María Gutiérrez.

Creo que en el momento en que el señor Presidente haga la pregunta que

manda la ley, respecto de que si los servicios del señor Gutiérrez han comprometido la gratitud nacional, todos los señores senadores aquí presentes votarán con plena tranquilidad de conciencia por la afirmativa.

Esa pensión fué concedida á hijas del causante, las que, habiéndose casado, la han perdido, no pudiendo, en consecuencia, seguir asistiendo á la subsistencia de estas ancianas.

Hago moción para que se dé preferencia á esta solicitud; haciendo presente que gozaran por muy poco tiempo del beneficio, estas desgraciadas ancianas, si llegan, como no lo dudo, á ser favorecidas con el voto del Congreso.

—Suficientemente apoyada esta moción, se vota y es aprobada.

V

Sr. Presidente—Se va á pasar á la orden del día.

—Se lee:

Honorable Senado:

La Comisión de Guerra y Marina ha tomado en consideración el proyecto de ley, venido en revisión, aprobando las negociaciones hechas por el Poder Ejecutivo para la adquisición de un campo de maniobras para el ejército; y, por las razones que dará el miembro informante os aconseja le prestéis vuestra sanción.

Sala de la Comisión, julio 30 de 1901.

D. Morón.—P. Barraza

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

Artículo 1.º—Apruébanse las negociaciones hechas por el Poder Ejecutivo para la adquisición de los terrenos destinados al establecimiento de un campo de maniobras del ejército sobre el Río de las Conchas, á inmediaciones de la Capital Federal, el cual queda designado con el nombre de «Campo de Mayo».

Art. 2.º—El Poder Ejecutivo expropiará, con arreglo á lo dispuesto por la ley número 189, los lotes de terrenos situados en el partido General Sarmiento, señalados en el plano correspondiente con los números

27, 28, 29, 40, 41, 42, 43 y 46. que tienen una superficie aproximada de cien hectáreas.

Art. 3.º—El importe de las mencionadas adquisiciones será cubierto con los fondos sobrantes y los que se economicen sobre el presupuesto vigente del Departamento de Guerra.

Art. 4.º—Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Dado en la Cámara de Diputados, en Buenos Aires, á 24 de julio de 1901.

BENITO VILLANUEVA.

A. M. Tallafiero,
Prosecretario.

Buenos Aires, junio 3 de 1901.

Al honorable Congreso de la Nación.

Convencido el Poder Ejecutivo de la imprescindible necesidad de adquirir un campo que, tanto por su topografía como por su situación, ofrezca á las tropas del ejército de línea y de la Guardia Nacional de la Capital Federal, el medio de desarrollar con la amplitud necesaria la instrucción práctica de las mismas, familiarizándolas con la aplicación sobre el terreno de los reglamentos, y la implantación de la enseñanza táctica en operaciones de las armas combinadas, así como para el ejercicio y desarrollo de aptitudes de jefes y oficiales, permitiendo esto fundar sobre bases positivas y ventajosas la instrucción del ejército, se ha preocupado en adquirir los terrenos necesarios á la constitución de ese campo de maniobras, inmediato á esta capital.

Consecuente con estas ideas, el Poder Ejecutivo ha concluido con varios propietarios del partido General Sarmiento, las gestiones para adquirir una extensión de terreno que permitirá iniciar inmediatamente en aquella instrucción, que marcará un paso de capital importancia en la obra de nuestra reorganización militar.

Para la adquisición de estos terrenos, el Poder Ejecutivo entiende estar autorizado por vuestra honorabilidad en virtud de la forma como el honorable Congreso se dignó sancionar el presupuesto de guerra vigente, y en tal concepto y de acuerdo con el decreto reglamentario la distribución de la suma votada en globo, para atender los servicios del Departamento de Guerra, se venía reservando las economías y sobrantes que se producen en los diversos incisos del mismo, para aplicarlos á pagar dicha adquisición. Pero, no sólo como una justa deferencia al honorable Congreso, de quien recibió esa facultad, sino que también para revestir esta adquisición con la aprobación de su alta autoridad, se complace en someter á su sanción el adjunto proyecto de ley, cuyo pronto despacho el Poder Ejecutivo se permite encarecer á vuestra honorabilidad, á fin de que comiencen á hacerse efectivas inmediatamente las ventajas del establecimiento de un campo de maniobras en las condiciones del citado.

Dios guarde á vuestra honorabilidad.

JULIO A. ROCA.

PABLO RICCHERI.

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de Diputados de la Nación sancionan con fuerza de ley:

Artículo 1.º—Apruébanse las negociaciones hechas por el Poder Ejecutivo para la adquisición de los terrenos destinados al establecimiento de un campo de maniobras del ejército, sobre el río de las Conchas, á inmediaciones de la Capital Federal, el cual queda designado con el nombre de «Campo de Mayo».

Art. 2.º—Autorízase al Poder Ejecutivo á expropiar las áreas que aun se necesiten para regularizar y completar el citado campo de maniobras.

Art. 3.º—El importe de las mencionadas adquisiciones será cubierto con los fondos sobrantes y los que se economicen sobre el presupuesto vigente del Departamento de Guerra.

PABLO RICCHERI.

Sr. Presidente—Está en discusión en general.

Sr. Morón—Pido la palabra.

El proyecto del Poder Ejecutivo, que acaba de leerse, que viene en revisión de la Cámara de Diputados y que la Comisión de Guerra del honorable Senado aconseja se sancione, obedece á la necesidad sentida de que la Nación obtenga un campo de maniobras para sus fuerzas militares cerca de esta Capital, con el objeto de reconcentrarlas en él, para su mejor instrucción y disciplina.

Para llegar á este resultado, era menester buscar un campo apropiado y de un valor equitativo. El se ha encontrado á veintidos kilómetros de esta plaza, comprendiendo una zona de 2000 hectáreas que, agregadas á las 100 más que habrá de expropiar, para regularizar este campo, se tendrá una superficie de 2100 hectáreas, extensión que por ahora el Poder Ejecutivo cree suficiente para llenar las necesidades á que se destina.

La topografía del campo es la más indicada para la instrucción en las diferentes armas que componen nuestro ejército y tiene la gran ventaja de estar próximo á cuatro vías férreas, que lo ponen en comunicación con el resto de la República. Hay algo más, señor

Presidente: á inmediaciones de aquel campo posee el gobierno de la Nación el costoso cuartel de Liniers, en el que se han invertido hasta el presente alrededor de 1.400.000 pesos. El está edificado en un espacio tan reducido que, si no se compra este campo ú otro cercano, para que puedan operar é instruirse sus fuerzas, resultaría que este cuartel sería completamente inútil.

Las fuerzas que quedarán de guarnición en esta Capital podrían asistir continuamente á este campo de maniobras y or su proximidad á él.

Esto es en cuanto á las condiciones del terreno y sus ventajas. En cuanto á su precio, la Comisión no ha podido sino juzgarlo equitativo, ateniéndose á los informes que obran en el expediente que al efecto se ha formado para gestionarlo, entre ellos el del Banco Nacional en liquidación, que acredita que todos los campos adyacentes al que se trata de adquirir, cuando se han vendido ó han sido avaluados para algún objeto, el que en menos, lo ha sido en quinientos pesos la hectárea, mientras que estas costarían á la Nación sólo 415 pesos cada una.

Como es presumible que las cien hectáreas á expropiarse costarían un precio más ó menos igual, resultaría que tendríamos un campo de maniobras cuya extensión sería de 2.100 hectáreas y cuyo precio alcanzaría alrededor de 900.000 pesos.

Con este gasto, que la Nación haría por una vez, se conseguiría que en lo sucesivo no se empleasen las ingentes sumas de dinero que se han desembolsado cada vez que ha habido que sacar estas fuerzas de la Capital á campos de maniobras, como sucedió en la época en que hubo que llevarlas á Curumalán: la Comisión tuvo informes de que, sólo en transportes, invirtió el Gobierno más de 300.000 pesos, mientras que, adquirido este campo; en adelante no habría que invertir dinero con ese objeto.

Por estas consideraciones generales,

la Comisión no ha trepido en aconsejar al honorable Senado la sanción del proyecto en la forma en que él está redactado.

He dicho.

Sr. Cané—Pido la palabra.

Estoy completamente de acuerdo con el despacho de la Comisión, y lo voy á votar, porque soy de los que piensan que es indispensable la adquisición de un campo de maniobras; pero, deseo aprovechar la presencia del señor Ministro para hacerle una pregunta, que creo podrá contestar. Es respecto á un punto que tiene poca conexión con la cuestión en debate, pero aprovecho esta oportunidad para hacerla.

Se trata de esta cuestión, que nos tiene tan preocupados á todos los que nos interesamos por el ejército: la del calzado.

He leído algo de lo que se ha dicho en la otra Cámara respecto á este asunto y algunas publicaciones que se han hecho, y, como en un tiempo, durante mi última permanencia en Europa, me ocupé de algunas cuestiones relacionadas con el ejército, entre las que estaba esa, desearía preguntar al señor Ministro si se observa entre nosotros el mismo procedimiento respecto al calzado para la tropa, que se sigue en Francia, donde no se hace cuestión del precio únicamente, sino también de la calidad. Creo que entre nosotros no se hace así; me explico, por lo tanto, el mal éxito que se atribuye á la fabricación nacional.

A mí me llama la atención que en un país como el nuestro, que tiene cueros, y tal vez los mejores del mundo, y otra condición especialísima, como tal vez no pueda presentar otro país, y es la blandura del suelo sobre que se camina, me llama la atención que no hayamos todavía resuelto esta gravísima cuestión del calzado.

Comprendo que los ensayos hechos hasta ahora no hayan dado resultado, y quiero explicármelo por lo que pasaba en

Francia misma y en otros países de Europa, antes que se tomaran las medidas que se han tomado.

La industria ha llegado á tal punto, aguzando el ingenio para lucrar más, que ha inventado máquinas que dividen el cuero en dos. Conocido es, señor Presidente, de todos los técnicos del oficio, que la parte superior del cuero es la única que tiene cierta contextura que permite con él fabricar calzado y todos los artículos destinados á otros usos industriales. La parte inferior es una especie de pulpa sin consistencia, que, sola, es completamente inútil. Sin esa parte consistente, la sección superior tiene también utilidad, aunque mucho menor que la del cuero entero.

Así, señor Presidente, cuando sólo se hace la licitación por el precio del calzado, se explica que los industriales de todos los países de la tierra (que todos son iguales y todos buscan lucrar) empleen todos estos medios para alcanzar el precio más reducido de la licitación.

En Francia se ha llegado á encontrar, con la experiencia larga de esta cuestión administrativa, la solución de esta manera:—Se licita el cuero, en primer lugar (si estoy en error en cualquier detalle puede el señor Ministro rectificarme, porque está más versado que yo en estos asuntos); se licita el cuero, y son las primeras fábricas de Francia las que presentan sus muestras; en seguida, después que el consejo de administración militar ha fijado el tipo de calzado, se licita la fabricación del calzado con el cuero ya obtenido por licitación, cuero que sale de todas las fábricas sellado y con todas las garantías de que no hay falsificación.

Me parece que una vez que el señor Ministro adoptara el tipo del calzado que sus técnicos le aconsejaban, este procedimiento de llamar á licitación el cuero y más tarde la fabricación del calzado, daría mejores resultados que los obtenidos hasta ahora.

Si el señor Ministro quiere tener la

bondad de decirnos cómo se hace esta licitación entre nosotros, se lo agradecería.

Sr. Ministro de la Guerra—Pido la palabra.

Yo me complazco altamente de poder satisfacer inmediatamente el pedido que me hace el señor Senador por la Capital, y me complazco también en manifestar que estoy plenamente de acuerdo con las ideas que de una manera tan lucida ha expresado en esta cuestión del calzado para el ejército, que demuestra que conoce á fondo esta materia.

Desde el principio de mi gestión en el Ministerio de la Guerra, he atribuido á la cuestión del calzado para el ejército la mayor trascendencia. Deploro que antes de ahora no se le haya atribuido en este país la importancia que se le acuerda en todos los ejércitos del mundo.

Efectivamente, señor Presidente, el calzado es para un ejército de una importancia casi tan grande como la del mismo armamento, porque la guerra se hace no solamente con las armas sino también con los pies de los soldados. Y una prueba de que yo le atribuyo una gran importancia á esta parte del equipo militar, es que desde hace seis años, sin ser nada más que presidente de la comisión de armamentos en Europa, espontáneamente me preocupé y mandé no solamente muestras de calzado, sino también suministrar informes amplios al respecto al señor Ministro de la Guerra, que, desgraciadamente, no fueron tomadas en cuenta.

He querido empezar por hacer esta declaración, señor Presidente, para demostrar que me he preocupado como merece de un asunto de tanta importancia.

Cuando llegué al Ministerio de la Guerra, el ejército, es decir la infantería, tenía como calzado la media bota usada en Alemania, calzado completamente inadecuado para nuestro clima. Esa bota se conceptuaba como un cal-

zado martirizador para la infantería, porque no había marcha, por pequeña que fuese, que no diera por resultado una cantidad de soldados estropeados por el calzado.

Inmediatamente reuní una comisión de jefes caracterizados, entre ellos el Inspector General de Sanidad y el Intendente de Guerra, para poner remedio á la situación. Se hizo una marcha de resistencia á Santa Catalina, conocida del público, porque se le dió una importancia considerable; y el resultado fué que una gran parte de los soldados llegaron al fin de la marcha con sus pies estropeados. Entonces, después de un prolijo estudio, se resolvió cambiar la forma de calzado, adoptando el borcégui Perron, que se encuentra actualmente en uso en Francia; pero, resultó que un calzado nuevamente introducido en el país, cuya forma no estaban habituados á fabricar los diferentes industriales á quienes se les pidió, y que tampoco tenían los materiales de la calidad necesaria para el calzado del ejército, porque en el país no se fabrican en condiciones especiales, resultó, digo, que en la primera cantidad de calzado que se dió á la tropa, no se obtuvo el resultado que era de esperarse y del cual no solamente no puede culparse al Ministerio de la Guerra, ni aun á la Intendencia; porque la Intendencia procedió á hacer la licitación, no solamente ocupándose de obtenerlo más barato, sino también mejor;—y más tarde voy á decir por qué no se puede en plaza satisfacer las exigencias que hay derecho á exigir.

Digo, pues, que no dió el resultado que se deseaba, porque la calidad de los cueros no respondió á lo que se esperaba, cuando se efectuó el examen de control verificado en el calzado y á pesar de considerar los cueros empleados como los mejores en plaza, no habiendo medio de obtenerlos de una calidad superior.

Señor Presidente: en toda la República los cueros que se emplean son

generalmente curtidos con una materia que no es la mejor: se emplea con frecuencia el quebracho, á excepción de los cueros de Salta y Tucumán, en donde se emplea el cebil, que es una materia semejante á la que se emplea en Europa, que es el roble; pero, la gran cuestión está en que no se mantienen los cueros en las fosas el tiempo necesario para darles la solidez y suavidad que ellos necesitan. Aquí, donde el interés del capital es sumamente considerable, los industriales prefieren no mantener los cueros más de seis ó siete meses en la fosa, en vez de quince ó diez y ocho, como se hace en Europa, para ahorrar el interés de esos capitales inmovilizados.

Ha habido, entonces, necesidad de someterse á esa situación hasta el momento; pero, el Ministerio de la Guerra tiene desde hace tiempo pensado, y lo ha puesto ahora en ejecución, que en adelante los cueros necesarios para el calzado de la tropa, han de ser fabricados con suelas especialmente curtidas; que se han de adquirir en Salta ó en Tucumán, sin preocuparse de hacer economías sobre la calidad de ellas; es decir, tratando de obtener lo mejor que existe y, entre lo mejor, en las condiciones más económicas para el tesoro.

Esas son resoluciones tomadas, pero no basta; y lo que el distinguido señor Senador por la Capital acaba de decir con tanta verdad, comprobando conocer á fondo la cuestión; lo que acaba de decir sobre el modo cómo se procede en Francia, es completamente exacto; es un procedimiento tan ventajoso que es el que probablemente vamos á seguir aquí, llevándolo á un grado de exigencia mayor si se quiere, imitando lo que se hace en Alemania, donde la administración militar, para el calzado de la tropa, hace primero la adquisición de los cueros sometiendo á una severa licitación y, fuera de ello, cada uno de los cuerpos del ejército tiene su propia zapatería donde se prepara el calzado.

Vamos á hacer la adquisición de los

cueros, y, si se encuentra en la industria privada industriales capaces de fabricar este elemento de tanta importancia para el ejército, en las condiciones que hay derecho de exigirlo, el Poder Ejecutivo se los dará á ellos, porque piensa que hay el deber de proteger la industria nacional en esta rama,—y diré en seguida por qué: y, en caso que los industriales sean incapaces de entregarnos el calzado en las condiciones que necesitamos, está dispuesto á hacer establecer en la Intendencia de Guerra una zapatería para el ejército de la República.

Y digo que conviene, si es posible, en este punto proteger á la industria nacional; porque, evidentemente, para un caso de movilización, nosotros necesitaremos trescientos ó cuatrocientos mil pares de botas y botines, y es obvio que preparando la industria nacional para proveernos de calzado en las condiciones requeridas para una movilización, habremos dado un paso de importancia en el sentido de proveer uno de los elementos más necesarios para un caso de guerra.

Es cuanto puedo contestar al señor Senador por la Capital y espero que quedará satisfecho.

Sr. Cané—Pido la palabra.

He oído con mucha complacencia la exposición del señor Ministro. Debe comprender el honorable Senado que sólo me ha guiado el propósito de informarme para tranquilizar mi conciencia, respecto de la responsabilidad del puesto que ocupo, sobre una cuestión de tanta transcendencia para el ejército. Repito: he oído con gran complacencia al señor Ministro; en él ciframos una esperanza más, cual es la mejora del calzado de nuestro ejército.

Sr. Pellegrini—Pido la palabra.

La cuestión que ha promovido el señor Senador por la Capital es sumamente interesante y creo que una de las más importantes que afecten la administración civil del ejército.

Ya que tenemos la felicidad de ver en

el recinto un ministro, cosa que no sucede con mucha frecuencia, y para evitarme, como el señor Senador por la Capital, la molestia de tener que darle la forma de una interpelación, yo pediría que se tratara primero el proyecto en discusión, que creo no ha de ofrecer motivo de discusión; y, una vez votada la ley, se me permitiera hacer algunas observaciones respecto de las palabras del señor Ministro, referentes á la administración civil del ejército.

Así es que pido al señor Ministro, que después de concluida la sanción de este proyecto sobre el campo de maniobras, me permita hacer algunas observaciones al discurso que acaba de pronunciar respecto del calzado.

Sr. Ministro de la Guerra—Con mucho gusto.

Sr. Aparicio—Pido la palabra.

Por las explicaciones que he oído al señor miembro informante, el gasto que habrá que hacer para dar cumplimiento á esa ley importa alrededor de 900.000 pesos y en el artículo tercero se establece que esta cantidad se pagará con los fondos sobrantes que se economizan sobre el presupuesto vigente del Ministerio de la Guerra. Yo desearía saber si es posible que durante este año se haga una economía de casi un millón de pesos en este Ministerio, sin que se resientan los servicios del ejército.

Quisiera que el señor Ministro me dijera si existen actualmente cantidades sobrantes y si cree que, durante el año, estas economías llegarán á la suma necesaria para adquirir el campo de maniobras.

Sr. Ministro de la Guerra—Pido la palabra.

Tengo el placer de responderle al señor Senador por Jujuy que, efectivamente, existen sobrantes importantes en el Ministerio de la Guerra, los que en este momento suman más de cuatrocientos mil pesos; y que tengo la seguridad de que, al fin del año, esos sobrantes ascenderán á la suma necesaria

para el objeto á que se le destina, sin que los servicios del ejército se hayan resentido en lo más mínimo y siendo más bien robustecidos.

El presupuesto sancionado por el honorable Congreso exige un mínimo de existencia en tropa de siete mil cien hombres, y ese presupuesto será cumplido en todas sus partes.

Hace algunas semanas, señor Presidente, la honorable Cámara de Diputados interpeló al Ministro de la Guerra y en esa ocasión él respondió satisfactoriamente, manifestando las causas por las cuales en los primeros meses del año no había existido esa cantidad de tropa; haciendo la promesa de que en el resto del año se haría un llamado de conscriptos en cantidad tal, que el número de soldados existentes en los últimos meses daría un promedio total para todo el año, superior á siete mil cien hombres.

Con el propósito de cumplir esa promesa, ya está redactada la resolución por la cual se hace el llamado de mil quinientos conscriptos de la clase del 80, con cuya cifra, y aun suponiendo que no se presentarán trescientos, tendríamos un promedio mayor de siete mil cien hombres.

Quiere decir que las economías que se han hecho y se harán en el presupuesto para adquirir este indispensable campo de maniobras, que constituye, por así decirlo, la vida del ejército mismo, no habrá sido sacrificando el número de soldados que deben haber bajo banderas.

Y digo que este campo de maniobras constituye la vida del ejército; porque, por su falta, vemos á jefes, oficiales y tropa resentirse de la falta de instrucción práctica, que es lo que más se requiere para poder maniobrar con éxito en la guerra.

Así como es indispensable para los estudiantes de medicina el tener un anfiteatro en donde practicar, para adquirir la habilidad indispensable al cirujano

no en ejercicio de su profesión, así es igualmente indispensable para nosotros tener un campo de maniobras, en donde poder hacer aplicar con la tropa las diversas fases de un combate, con el conocimiento exacto del empleo del terreno. Sin esto sería absolutamente imposible, señor Presidente, tener un ejército instruido.

Nos resentimos en nuestro ejército de no tener oficiales superiores habituados al comando.

¿Por qué?

Porque no hay donde practicar.

Pues bien, este campo salva tan sentido inconveniente; porque nos permitirá reunir tropas en unidades combinadas y permitirá que practiquen todos los jefes del ejército.

Es evidente que no puede ser sino halagador para el honorable Senado y para el país entero el saber que se hará una adquisición de esta importancia y necesidad, sin recurrir, como en ocasiones análogas, al pedido de créditos extraordinarios, haciéndose con los propios recursos del ministerio, tomados dentro del presupuesto ordinario, mediante las economías severas que se han realizado desde el 1.º de enero y de las que se realizarán en el resto del corriente año.

He dicho.

Sr. Aparicio—¿Las economías se hacen con la disminución de hombres en el ejército?

Sr. Ministro de la Guerra—No, señor. Quiere decir que, si hubiésemos tenido mayor cantidad de ejército que el que estaba presupuestado, evidentemente el importe que ahora vamos á invertir en la adquisición de un campo de maniobras, lo hubiésemos empleado en ese mayor número de soldados; pero, eso no estaba en la obligación del Poder Ejecutivo, que tenía únicamente la de mantener el número de siete mil cien hombres como promedio.

Acabo de dar las razones por las cuales en la honorable Cámara de Diputa-

dos el Ministro de la Guerra manifestó que no había podido obtener este promedio; y fué porque, habiendo hecho una convocatoria de tres mil setecientos conscriptos, para obtener un promedio superior á siete mil cien, faltaron muchísimos de esos conscriptos. Quiere decir, que no fué culpa del Poder Ejecutivo si el total de los individuos no se presentaron.

Para llenar esa deficiencia, se hace un nuevo llamado de conscriptos ya sorteados, con cuya incorporación se va á obtener un promedio bastante mayor del de siete mil cien que fija el presupuesto.

Si he preferido hacer economías para invertirías en un campo de maniobras, que tener setecientos ó mil soldados más, cuyo costo representa el capital á invertirse en dicho campo de maniobras, es porque el Poder Ejecutivo atribuye más importancia á esta adquisición; pues, es evidente que vale más tener mil cien soldados bien instruidos que doce mil con escasa instrucción.

Sr. Presidente—Si no se hace uso de la palabra, se va á votar el proyecto en general.

—Se votó el proyecto en general y en particular y es aprobado.

Sr. Pellegrini—Pido la palabra.

Como he dicho antes, voy á aprovechar la presencia del señor Ministro, no para dirigirle preguntas determinadas, sino para hacer ciertas observaciones sobre la manera cómo se aplica la ley que creó las intendencias, sobre todo en lo que se relaciona á la provisión de los artículos militares, por la industria nacional.

En primer lugar, debo observar, que la licitación, es decir, la adjudicación al mejor postor para la provisión de artículos, no es obligatoria para el Poder Ejecutivo.

La ley da en esta materia á la intendencia,—lo que es lo mismo al Poder

Ejecutivo,—la facultad para proveerse directamente, cuando crea que convenga mejor á los intereses del ejército. La licitación es, indudablemente, el medio más fácil para eludir responsabilidades y escudar al funcionario contra acusaciones malevolentes; pero, seguramente, no es el mejor medio para adquirir los artículos de superior calidad que el ejército necesita. Fué por esta razón que la ley de intendencias estableció la facultad para el Poder Ejecutivo de adquirir artículos por licitación privada, si así lo creyera conveniente.

En cuanto al calzado, me permitirá el señor Ministro que le observe que la inutilización del pie del soldado por el uso del calzado, no puede provenir de la calidad del material empleado, sino de la manera como está construido, de su forma. La mala calidad, en una marcha de resistencia, producirá la destrucción del calzado.

Sr. Ministro de la Guerra—Seguramente.

Sr. Pellegrini—Pero la mala conformación produce, en una marcha de resistencia, la mutilación del pie del soldado.

Sr. Ministro de la Guerra—Es que, justamente, el calzado adolece de los dos defectos: mala construcción y mala calidad del material.

Sr. Pellegrini—Había entendido, por las palabras del señor Ministro, que de la marcha de resistencia hecha á Santa Catalina, había observado una gran cantidad de soldados lastimados por el calzado; pero agrega que ha habido mucho calzado inutilizado.

Perfectamente; pero, el hecho de que este calzado haya sido construido con mal material, no implica en manera alguna, ni puedo admitir que sea debido á que en la República no se produce un material tan bueno como el que usan los ejércitos, sobre todo el alemán y el norteamericano.

Creo que la suela de Salta es reputada una de las mejores que se prepa-

ran, que sólo reconoce como superior á la suela inglesa especial, que no se usa seguramente para calzado de tropa, y la suela francesa, que es de lujo. La suela alemana es hecha con cuero y tanino argentino. Ese quebracho, que el señor Ministro ha tenido en menos, es el que se importa en gran cantidad en Alemania para curtiembres de suela, y el extracto de quebracho es reputado hoy como uno de los taninos más fuertes que se puedan emplear para la preparación de suelas. En cuanto al cebil es mucho más caro y no es tan abundante como el tanino de quebracho. Dudo, pues, mucho, señor Presidente, que el ejército alemán tenga un calzado construido con material superior al que se puede obtener en la República Argentina, sin que esto importe negar que el que se haya empleado para el calzado de nuestro ejército haya podido ser de mala calidad. En nuestro país se fabrican suelas de toda calidad: ésta depende de los elementos y capitales de que dispongan las curtiembres; porque, como ha dicho el señor Ministro, la preparación de una buena suela exige un gran capital y una inmovilización muy larga; porque, para poder producir un curtido aceptable, se necesita mucho tiempo.

Creo, pues, que respecto al material, la manera de resolver el problema sería el que he indicado recién: llamar á licitación para la provisión de suelas de primera calidad á todas las fábricas de curtiembres del país, que las hay muy grandes, tanto en Buenos Aires como en las provincias del norte.

Sr. Ministro de la Guerra—Pero exigiendo que se hayan tenido en depósito tanto tiempo.

Sr. Pellegrini—Exigiendo que la calidad sea la requerida para el ejército. Ahora, en cuanto al tiempo que haya estado la suela en el tanino, no siempre depende de eso la calidad de la suela. Me dicen que el señor Ministro ha mandado traer calzado de Norte América, y los norteamericanos se distinguen por

la brevedad del tiempo que tienen las suelas en la curtiembre. Han inventado procedimientos especiales, que les da una suela en menos tiempo que el invertido para la suela inglesa y alemana, pero no de tan buena calidad. Así es que dudo mucho que de Norte América puedan traer una suela mejor que la que puede dar la provincia de Salta.

Y una vez admitido este principio, que se haga una primera licitación para la suela, sólo quedaría á hacer una licitación del modelo del calzado. Es necesario que cada fabricante, que los hay muy grandes y muy hábiles en la República, presente al Ministerio su forma de calzado, su modelo, su horma; para que el Ministro pueda hacerlo ensayar. Entonces, cuando una horma sea aceptable y no maltrate el pie del soldado, y con buen material, fácil le será obtener un buen calzado.

La razón, señor Presidente, porque le doy tanta importancia á esto, es la misma que ha dado el señor Ministro, y fué la que influyó en el Congreso cuando se dictó la ley de intendencias. Si en aquella ocasión se trató de favorecer la industria nacional, era con el objeto de que fuer, durante la paz, habituándose á proveer al ejército de todos los materiales que pudiera necesitar durante la guerra, para que el día que la guerra llegara,—que suele llegar sin prevenir,—encontráramos en el país los elementos necesarios para proveer al ejército de calzado, vestuario, armamento y munición si fuera posible y no tuviéramos que recurrir al extranjero. Era para establecer nuestra independencia militar.

Por eso en la ley de intendencias se estableció que era obligación del Poder Ejecutivo adquirir de la industria nacional todos los artículos que necesitara para el ejército, siempre que pudiera tenerlos de igual calidad ó calidad satisfactoria, y exigía que las compras se hicieran en plaza despachadas, para que al artículo extranjero no pudiera exonerársele de los impuestos de aduana,

como se había hecho en otros casos.

Al frente de la Intendencia está un honorable ciudadano, distinguidísimo por muchos conceptos, y excelente administrador al mismo tiempo, pero que tiene, desgraciadamente, la manía del libre cambio y la manía de lo alemán; y, al aplicar la ley, ha querido corregirle la plana al Congreso—y se la ha corregido.

Empezó por introducir la media bota, como decía el señor Ministro de la Guerra. Nuestros paisanos han ido calzados á la alemana, se han destrozado los pies y no han podido llegar á Santa Catalina. La Intendencia ha hecho todo lo posible para ocultar este hecho, que venía á destruir sus más caras previsiones en esta materia.

Pero, respecto á la exoneración de derechos, ha inventado un sistema que es una mistificación, algo más que una mistificación. Está prohibido por la ley comprar artículos importados libre de derechos, y entonces, el Intendente ha inventado esto: los compra en depósito, pero se encarga él de pagar el derecho; de manera que él se constituye en despachante de aduana de la casa introductora, y un despachante de aduana muy cómodo porque le anticipa los fondos para pagar el derecho, le corre con el despacho y no le cobra comisión ni interés alguno por esto.

—Risas.

Varias veces los fabricantes nacionales han protestado contra esto, que no es una violación abierta de la ley, porque, efectivamente, se paga el derecho; pero es una manera de eludir la ley,—y no se trata de hacer habilidades con la ley, mucho más cuanto ella tiene objetos tan transcendentales en vista.

Cuando se pide que se despache ó compre un artículo despachado en plaza, es porque se tiene presente que el artículo del país ha pagado al mismo una cantidad de impuestos. Todos estos fa-

bricantes pagan patente, derechos de introducción por los materiales y todos los impuestos internos; de manera que el artículo llega al Gobierno gravado con todos los impuestos internos que el artículo extranjero no ha pagado. Por consiguiente, es necesario que éste pague impuesto de aduana para colocarlo en las mismas condiciones que está el artículo nacional.

Todas las protestas que han hecho los industriales, señor Ministro, han sido ineficaces, en detrimento de las leyes del Congreso. Y yo he querido aprovechar esta oportunidad para llamarle al señor Ministro la atención sobre esto, para pedirle quiera decir al Intendente de Guerra que las leyes del Congreso se han dictado para ser respetadas, y que, por respetables que sean sus opiniones y aún considerándolas superiores á las del Congreso, sin embargo, él está en la obligación de cumplirlas.

Me perdonará el señor Ministro si he tomado su tiempo, violando el reglamento, para hacer esta manifestación.

Sr. Ministro de la Guerra — He escuchado con placer las observaciones que acaba de dirigirme mi eminente amigo el señor Senador por Buenos Aires, y debo manifestarle que yo participo absolutamente de sus ideas, en el sentido de que es necesario proteger y desarrollar, en todo lo que se pueda, nuestra industria nacional, en aquellas partes tan esenciales al equipo de nuestro ejército, para el caso eventual de una movilización.

Desde el principio de mi gestión en el Ministerio de la Guerra, me he preocupado de esas importaciones, á que ha hecho referencia el honorable Senador por Buenos Aires; y si no ha sido posible en la cuestión de los paños, á que ha querido referirse el señor Senador, llegar á un desideratum, que yo como Ministro y miembro del ejército hubiera deseado, es decir, tomar los paños del país, hasta por un

acto de egoísmo, para contribuir al desarrollo de la industria nacional para hacer uniformes á nuestros soldados en caso de guerra, si no he podido hacer desalojar la industria extranjera por la nacional, es porque los paños introducidos del exterior son más baratos y de mejor calidad. Yo mismo, personalmente, he tratado la cuestión, dándole toda la importancia que merece: he tratado con el director de una de las principales fábricas del país, y le he dicho: «Presénteme usted paño de una calidad igual á los introducidos y, aun cuando sea un 10 % más caro, yo los haré tomar, porque así creo prestar un servicio al país. «Ese señor industrial está, creo, en camino de hacerlo, y yo me comprometo formalmente ante la honorable Cámara á hacer, cuanto de mí dependa, para favorecer la industria nacional sobre la extranjera, siempre que sea en condiciones favorables para el ejército y el país.

Sr. Pellegrini—Una palabra. No era especialmente á los paños, á que me refería, sino á muchos artículos que se compran libres de derechos. Ya que de paños se trata, permítame el señor Ministro que le diga algo que ha sido materia de un estudio y examen especial, por una coincidencia singular.

Los paños que hoy día consume el ejército son comprados á una fábrica italiana.

Primeramente, llama la atención que pueda ser una fábrica italiana la que ofrezca paños en mejores cualidades y más baratos que las fábricas inglesas, francesas y aún alemanas, cuando es sabido en el mundo comercial que el mejor paño y más barato, es más bien, el inglés y el francés, y ninguna nación ha pretendido sobrepasarlas en materia de paños. Este hecho, de ser una fábrica italiana, ya debería despertar nuestra sospecha; pero, la sospecha debe despertarse más, cuando se ve que una fábrica extranjera ofrece

vender paños para el ejército por un precio del cual resulta que el kilo de paño fabricado con lana argentina se vende en Buenos Aires al mismo precio casi que el valor de la lana; á pesar de que esa lana ha tenido que ir de Buenos Aires á Italia, lavarse, hilarse, teñirse, tejerse, volver aquí, pagar derechos, comisiones, etc.: etc.; y, á pesar de eso, se vende el kilo de paño á un precio casi igual al que debió costar la lana,

Esto debería despertar la sospecha del señor Intendente y del señor Ministro, para saber cómo se opera este milagro.

Yo le voy á decir cómo se opera. Estando en la Exposición de París, señor Ministro, en la sección paños estaban representadas la industria italiana, la industria francesa y otras; y un fabricante que conoce estas cosas, me dijo: «Venga, le voy á mostrar cómo se hace el paño que viste el ejército argentino.» Me llevó y me mostró el paño *renacimiento*, según la palabra técnica. Se llama paño renacimiento, porque la mitad está compuesto de hilo producido del hilado de paño viejo—todos los trapos de lana se llevan á una gran fábrica que hay en Francia, que especialmente para este objeto se deshacen, se les convierte nuevamente en lana, y esta lana se vuelve á hilar y este tejido se llama renacimiento, porque, efectivamente vuelve á renacer—y con ese hilo de paño viejo, mezclado con una parte de lana nueva, se fabrica un paño ordinario para la tropa. Ese es el paño que viste actualmente el ejército argentino.

El señor Ministro, que conoce todos los ejércitos de Europa, sabe que están vestidos todos ellos con los mejores paños nacionales que se pueden procurar; solamente el ejército argentino, el del país productor por excelencia de lana, se viste con paño que no es de lana madre, se viste con paño de trapos.

En esas condiciones, señor Ministro, no es extraño que ninguna fábrica argentina, que tiene forzosamente que em-

plear lana madre, porque no puede emplear ningún otro material; que tiene forzosamente que dar paño de primera calidad, porque no tiene cómo hacerlo mezclado, no pueda competir con la fabricación italiana.

Mientras se vista el ejército con paño renacimiento: es inútil; ningún fabricante argentino podrá luchar—y ya han renunciado á la lucha.

Sr. Ministro de la Guerra—Pido la palabra.

Parece que está próximo á llegar...

Sr. Pellegrini—No le pido que me conteste, señor Ministro, porque puede ser que estas cosas le tomen de sor-

presa: es una simple observación que le hago, para que lo tenga presente, la estudie y la resuelva, como no lo dudo, con todo acierto y patriotismo.

Sr. Presidente—Debo hacer presente al señor Ministro y al señor Senador que no hay nada en discusión; y, no habiendo otro asunto que tratar, se levanta la sesión.

—Así se hace, siendo las 4 y 20 de la tarde.

ARTURO PARODY,
Director de Taquígrafos.